

CAPÍTULO 2

Las líneas azules de las mujeres charrúa

Romina F. Arapeiz

Agradezco a la inchala Mónica Michelena por compartirme sus libros
y a los que contribuyeron con sus charlas...

Este escrito lo realizo para acompañar a nuestro anciano
y a los inchala que hacen de la escritura
una acción diaria, que encuentran
en sus profundidades los colores de las palabras.



Figura 1¹

Romina F. Arapeiz*

Comunidad Onkaiujmar Pueblo Nación Charrúa / UADER

-
- 1 Resurgente: Del artículo “Resurgente, concepto desde los márgenes” publicado el 16 de marzo de 2017, “Desde nuestras identidades Charrua-Jñatjo nos apropiamos del término en su sentido más lato “Que reaparece en la superficie después de un trayecto subterráneo” a modo de metáfora para caracterizar un momento o una parte de la dinámica actual de nuestros pueblos, así nos podemos caracterizar como pueblo o sujeto resurgente, en sus dimensiones cultural y política”.

En la actualidad, los tatuajes son expresiones artísticas, mensajes, adornos, forman parte de lo cotidiano y representan fragmentos de nuestras vidas: así también, para los pueblos indígenas todos estos significados son familiares ya que formaban parte de sus vidas, e incluso de momentos fundamentales de ellas, puesto que la importancia que le dan es trascendental y central.

Sin embargo, en algún tiempo fueron una condena, una declaración al peor de los finales, una marca muy difícil de esconder, e incluso la mirada colonizadora de los occidentales penó a muerte a un elemento fundamental de la cultura, como muchos otros que no podían concebir desde sus preceptos.

La oralidad de nuestra cultura no ha habilitado demasiados escritos sobre la nación charrúa, pero transmitir en estos tiempos exige retomar algunos elementos, porque ya es tiempo de decir y poder exhalar nuestras palabras. Como mujer charrúa voy mirando el proceso de reconstrucción de nuestra nación en la extensión del territorio ancestral y la reconozco tan diferente e igual a la de otros pueblos hermanos. Pero el reencuentro siempre es en la lucha, en la resistencia de no darnos por muertos, por exterminados como pretendieron tantas campañas genocidas de los impúberes Estados.

No existe intención de que este sea un escrito acabado, estéril o imbatible, es más bien una invitación, es sembrar una semilla en el multiverso que habitamos, sin más expectativas que las inesperadas. Una licencia de hablar desde nuestra cultura para compartir un decir propio y colectivo, una piedra sobre el agua que puede replicar si hemos interpretado bien el tiempo en que vivimos.

Pueden decir mucho de nosotros como Nación Charrúa, incluso muchas veces nos esbozan como un pueblo sin cultura, educación y organización. Lo que sí es claro es que no somos un pueblo con ambiciones de acumulación ni centrado en la lógica de producción y poder, lo cual les resulta incomprensible. En ese sentido, puede

ser por la antigua costumbre de trasladarnos asiduamente que podamos comprender lo inestable de la materialidad.

Pero nuestra cultura es profunda y las ceremonias de pasaje son múltiples, desde el nacimiento con la presentación de la niña o niño a la luna, o en las mujeres con el tatuaje de las líneas azules, sobre las que profundizaremos en este escrito y las numerosas ceremonias mortuorias, que forman parte de las más conocidas. Cambiamos de etapas, de momentos de vida, de energía y de estar en el mundo y el no mundo porque habitamos en los diferentes planos de existencia.

En los pueblos originarios y en sus diversos momentos se utilizan abundantes simbologías, algunas decorativas, otras ceremoniales, pero todas de significados particulares. Transmiten, dicen, comunican y expresan elementos específicos de la vida y la conformación social.

Un elemento de gran simbología son las líneas faciales del rostro de las ukai Charrúa, las mujeres del pueblo realizan estas líneas mostrando su transformación, la cual implica pasar de algún modo de un estadio a otro y les permite reconocerse de otro modo ante la comunidad. (Arapeiz y otras, 2019)

Algunos autores han escrito sobre los tatuajes de las líneas del rostro de las mujeres charrúa, entre los que vale mencionar la obra del escritor uruguayo Gonzalo Abella (2008) quien en líneas poéticas define tal expresión cultural:

[...] deberás ser la memoria de todos. Llevarás en tu frente los ríos de la tierra nuestra, y tu piel morena entre estos surcos recordará el territorio al que jamás renunciaremos. Tus hijos al mamar de tus pechos clavarán los ojos en tu frente hasta adormecerse, y siempre verán allí la tierra amada. (p. 57)

Un intento por dejar en palabras escritas lo que ha sido cómplice de la oralidad a través de los siglos. Bellas palabras que suelen tomarse para ayudar a entender el significado de lo que era un tatuaje y hoy aparece como pintura facial, en su contexto geográfico y cultural, una interpretación que arranca del olvido en el que ha intentado hundir el moderno Estado uruguayo a los charrúas, ya que es de los pocos países de AbyaYala (América) que niega su población indígena ante el mundo. Un Estado que nos niega, frente al argentino que nos ignora y nos intenta blanquear.

Pero antes de hablar de la actualidad vamos a retomar algunas interpretaciones históricas occidentales, y me permito advertir con estas palabras que es la mirada del invasor, desde su cultura, con sus propios preconceptos y prejuicios sobre otra cultura totalmente desconocida y menospreciada.

Hablemos de aquellos viajeros que recorrieron por primera vez el Río de la Plata, como ellos se llaman en las crónicas que nos cuentan de la pintura-tatuajes de las mujeres charrúa.

En relatos menos “poéticos” que los de Abella, Félix de Azara (1934) nos dice:

Pero el día de la primera menstruación de las muchachas se les pintan en la cara tres rayas azules que caen verticalmente sobre la frente, desde el nacimiento del pelo hasta el extremo de la nariz, siguiendo la línea media, y se les trazan otras dos que cruzan las mejillas. Se señalan estas rayas picando la piel, y por consecuencia son indelebiles; son signo característico del sexo femenino.

Podemos leer en otro libro del mismo Félix de Azara (1850) que describe con diferencias estas mismas líneas:

Pero el día de la primera menstruación de las jóvenes, se les pinta en la cara tres rayas azules verticales, desde la raíz del cabello hasta

la punta de la nariz siguiendo el medio, y otras que atraviesan la frente de una sien a otra; esto se hace picando el cutis, por consiguiente son indelebles, y constituyen un signo característico del sexo femenino. (p. 176)

Por su parte, en el libro del francés Paul Rivet (1930), también se mencionan las tres rayas que se realizan las mujeres charrúa desde la naciente del cabello a la nariz, líneas que el autor denomina como una marca distintiva del sexo femenino (En Anexo V. L. P “Le National”, p. 87).

En el mismo libro encontramos otro anexo de Dumoutier donde relata que en la pubertad se les realiza un tatuaje de tres líneas paralelas verticales de color azul desde la raíz del cabello hasta la nariz (Dumoutier en Rivet, 1930:106): así, podemos ver que los autores franceses acuerdan en la disposición y cantidad de líneas².

Pero Eduardo Acosta y Lara (1951), también nos comparte otros datos sobre estos tatuajes en los rostros de las mujeres:

Como la generalidad de los autores están concordes de que entre los charrúas solo las mujeres se tatuaban dos o tres rayas azules verticales en la frente, desde el nacimiento del pelo hasta el extremo de la nariz, y las minuanas se agregaban tres rayas más, de mejilla a mejilla, cruzando la nariz en su parte media. (p. 24)

2 Podemos interpretar (suponer) que los autores franceses posiblemente la única mujer charrúa que habían visto era Guyunusa, que tenía el tatuaje con esa disposición de las líneas según crónicas de la época, cuando cuatro charrúas fueron llevados a Francia al circo humano de Françoise De Curel. Los cuatro charrúa eran el cacique Vaimaca Perú, el chamán Senaqué, Tacuabé y Guyunusa, que habían llegado a Montevideo como prisioneros después de la masacre de Salsipuedes. Por dos francos los asistentes podían verlos en una casa de París, como la curiosidad de la “salvaje América”.

Podemos observar en estas palabras otra de las interpretaciones en dicha controversia.

Por su parte, Francisco Bauza (1929) mostrando que generalmente no están tan “concordes” los autores en su relato nos dice: “No se afeaban el cuerpo con pinturas o tatuajes, salvo las doncellas, cuyo rostro, al hacerse núbiles, era marcado con tres rayas azules o blancas” (p. 69).

Podemos notar que hasta ahora es el único de los relatos que cambia el color de los tatuajes. Es inminente que varían las descripciones del lugar específico donde se trazan las líneas y la cantidad correspondiente en cada lugar.

Observamos que los testimonios varían de 1800 a 1900, con diferentes expresiones referidas a los tatuajes que se realizaban y el lugar, y esto es entendible dado que también varían las condiciones de existencia de la población charrúa y que el modo de expresar su cultura se transforma. No es solamente por el paso de los años, sino también la inminente interrupción violenta en sus vidas que produce todo tipo de consecuencias y cambios en un intento de preservación.

En el texto de Bauza podemos ver claramente la mirada que tenían sobre los tatuajes y otras expresiones de la cultura cuando escribe “No se afeaban el cuerpo con pinturas o tatuajes” e incluso son numerosas las concepciones desvalorativas al ahondar en los relatos de estos escritos.

En el segundo texto de Azara divisamos una diferencia, ya que las rayas horizontales son en la frente y no sobre las mejillas, pero estos discernimientos en el mismo autor y con otros nos dejan una fisura en el relato para poder introducir el modo en que en la actualidad se expresan las líneas del rostro en las mujeres charrúa.

El antiguo tatuaje es una expresión visual concreta de la pertenencia a un pueblo, de identidad y resistencia. A las niñas, cuando llegan al momento de tener su primera luna (menstruación), se les realiza una celebración donde toda la comunidad festeja su preparación como ukai (mujer), y se reconfigura su pertenencia en el entramado social.

Las ancianas le cuentan saberes de la comunidad y de su pueblo, ya que las ukai son las transmisoras de la cultura, de toda la tradición oral, y de la memoria de su pueblo. Le hablan de su vida sexual, sus cuidados, las plantas que puede usar a partir de ese momento, y cómo integrar el círculo de las mujeres mayores poco a poco. (Arapeiz y otras, 2019)

Es el pasaje de oipic (niña) a chaloná (muchacha), es una transición de una etapa de la vida a otra, lo que implica ocupar otro lugar dentro de la comunidad y otras responsabilidades y capacidades. Esto vuelve a surgir, de relatos escritos y orales, casi dos siglos luego que se cortara por la prohibición de los invasores, y que se manifestará en la persecución, en las órdenes de asesinar a todos los hombres y niños charrúa hasta los doce años y en el acto de separar a las madres de sus hijos para impedir se mantengan los lazos y la transmisión de saberes. Y es así que estas líneas en algún momento fueron la condena de muerte de una nación que batalló por su libertad y que antes de ser esclava, eligió la lucha y la muerte. Un marcador social de pertenencia a un pueblo que no había forma de ocultar, que exponía a sus integrantes, por lo que el dejar de realizarse este tatuaje lo podemos ver como un intento por preservar la vida.

A los 500 años de la colonización y con el resurgimiento de los pueblos originarios de toda la AbyaYala, volvieron algunas prácticas que habían sido prohibidas, o que dejaron de realizarse, como esta ceremonia que es retomada en Uruguay y Argentina por mujeres charrúa de comunidades de las dos orillas.

Hoy se realizan en las comunidades las rayas azules que son trazadas en la piel, pero tatuadas en el espíritu. Pueden borrarse pero vuelven a aparecer cada vez que existe la necesidad, en momentos considerados importantes, se vuelven a pintar en una ceremonia, una marcha o manifestación, en diferentes momentos importantes para nuestro pueblo.

En el año 2015 por primera vez, mujeres y jóvenes de la Nación Charrúa de Entre Ríos y la República Oriental del Uruguay retoman esta ceremonia conjuntamente en el espacio ceremonial de la Reserva del Parque Gral. San Martín en la ciudad de Paraná. (Arapeiz y otras, 2019)

Es trascendente poder compartir celebraciones conjuntamente fortaleciendo nuestra pertenencia a una misma nación originaria y preexistente. Las líneas azules se entienden como el paso de una instancia de la vida a otra, es una celebración de la transformación, podríamos decir, de niña a mujer.

Se utiliza para, de algún modo, rendir homenaje a ese proceso que se sucede en la persona y que implica una profunda conexión con una misma y con los ciclos lunares, los cuales también serán parte importante de su aprendizaje y que, lejos de tratar de ignorarse, se trata de mostrar que es un momento para vivirlo y no para anular. No produce vergüenza, ni temor porque es un proceso acompañado y sostenido por la comunidad, y no necesita decirse con palabras porque ver las líneas alcanza para comprender y acompañar en el momento. (Arapeiz y otras, 2019)

Quienes llevan adelante la ceremonia durante el cambio de ciclo lunar, o fin de año, pueden ser una o más mujeres mayores. Esta tradición y otras vienen siendo prácticas habituales de las comunidades Charrúa en proceso de reencuentro y resistencia cultural.

Retomar estas prácticas forzosamente suspendidas por largos tiempos es una tarea que vienen realizando las comunidades charrúa que en su mayoría son comunidades en dispersión por genocidio y persecución³, categoría que define la situación que vivimos actualmente. No es solamente retomar una práctica ancestral, también es llamar a la memoria, interpelarla ritualmente desde lo más remoto del ADN en las células, es un grito silencioso para despertar nuestros saberes.

Un llamamiento visual y un reconocimiento ante la presencia inter-indígena, pues hoy los demás pueblos saben de qué territorios y de qué pueblos llegan quienes vienen con sus líneas azules y qué implica la presencia de los mismos. Porque si se trata de invocar desde la simbología, las diferentes naciones indígenas tienen sus abundantes elementos, significados e historias antiguas sobre su pueblo y los demás con quienes conviven.

Podemos ser naciones originarias pero no somos todas iguales, ni tenemos igual organización, ni siquiera iguales cultos a pesar de que algunos se puedan parecer, ni el proceso de sincretización y evangelización ha sido igual. Por lo que no es lo mismo pertenecer a un pueblo que a otro, es por ello que para los encuentros y reuniones los símbolos son importantes y forman parte de los elementos a tener en cuenta para un armónico encuentro.

La Nación Charrúa entendida en su extensión trasfronteriza en la actualidad muestra expresiones, saberes e interpretaciones propias, y a pesar de ser una cultura avasallada por la colonización, no

3 Definición consensuada por integrantes de las comunidades charrúa para definir el momento actual del proceso de fortalecimiento de la cultura que transitan como una situación que es la consecuencia del plan de colonización y exterminio al que fue sometida la nación charrúa en toda la extensión de su territorio en el intento de desarticular sus lazos sociales.

es una cultura estática, ha sabido transformarse y recrearse para sobrevivir, volviendo con toda su fuerza.

Como se dijo más arriba, el carácter no estático, inerte o muerto de la cultura podemos asociarlo con los modos en que se retoman prácticas, entonces la pintura del rostro se vuelve a utilizar en otros momentos, como en reuniones con otros pueblos, celebraciones, y también en expresiones públicas donde consideran que es necesario que sepan de qué nación indígena provienen.

En la Nación Charrúa hoy encontramos tres modos de expresar estas pinturas, la que Félix de Azara denominaría minuana (Azara, 1934) desconociendo que la charrúa es un macroetnia⁴ que contiene a diferentes clanes, como el de los minuanos. Y que es utilizada hoy en día por las mujeres del Uruguay, se hacen las mismas tres rayas desde la nacimiento del cabello a la nariz y en otros casos agregan también las dos líneas que atraviesan las mejillas.

En otra interpretación utilizada del lado que hoy ocupa la provincia de Entre Ríos vemos la siguiente descripción:

Esta es una tradición cargada de identidad y memoria, las líneas azules surgen desde la raíz del cabello hasta la punta de la nariz y, a veces, otras dos desde la raíz del cabello atravesando las mejillas por encima de la nariz. (Arapeiz y otras, 2019)

4 La macroetnia Charrúa es la condensación de diferentes pueblos que comparten similitudes entre sí, es lo que sucedía entre Charrúa y Minuanos que se unen para vivir y compartir incorporando diferentes elementos unos de otros. Con modos similares de organización, de espiritualidad y de expresión, en el capítulo presente podemos ver las similitudes en los tatuajes de las mujeres. Utilizamos la denominación para explicar hacia fuera de nuestro pueblo lo que han sido acuerdos y situaciones históricas compartidas entre las distintas etnias, acuerdos no escritos, ni fijados como se entiende occidentalmente.

Son dos rayas verticales de la frente a la nariz y dos sobre las mejillas, pero en todos los casos el color es el azul.

El azul es un color de trascendencia en el pueblo charrúa, adopta un carácter de sacralidad, lo que muestra la importancia de la ceremonia de las mujeres, hoy entendida como el color de un nuevo momento de reencuentro y reconstrucción de nuestra nación.

La realización de las líneas también es diferente: en muchos casos las mujeres de más edad no suelen utilizarlas, pero si es un elemento mucho más común en las más jóvenes, lo cual no es extraño ya que es una experiencia retomada más concretamente hace aproximadamente dos décadas.

Así también, no es una práctica obligada, es la posibilidad de restablecer una relación de carácter semipública que ha ocupado un espacio importante en la organización social y que ha sido menospreciada y ocultada en el proceso represivo de aculturación. Lo fundamental de la ceremonia se traduce en un apoyo, explicación, y acompañamiento comunitario que intenta cargar de sentido este proceso.

Si nos preguntamos, ¿Por qué retomar esta práctica ha cobrado más relevancia o éxito entre los jóvenes? Podemos ver que en la actualidad las simbologías y las decoraciones corporales han recuperado su valor social, ya no son expresiones discriminatorias o que remiten a lo delictivo, prejuicios que en gran parte de AbyaYala tiene que ver con la pertenencia de estas expresiones a grupos considerados inferiores como los de pueblos originarios.

Podríamos dar cuenta que entre los pueblos que se denominaban “civilizados” no eran prácticas sociales habituales, eran más bien relegadas a lo que podrían ser piratas, forajidos de la época, o los

“paganos”. Las culturas a-cristianas⁵, que tenían en común otros modos de percepción del mundo, del arte, la belleza, la vestimenta, la medicina, la sexualidad, y la vida misma. Y que lejos de intentar comprender, se lanzaron a la tarea de aniquilar desde la ignorancia.

Es la mirada colonizadora la que criminalizó por siglos los tatuajes, cargándolos de sentidos negativos y de condenas por casi rozar con lo maligno, en una clara influencia de la iglesia y sus preceptos. Pero no es una casualidad en el espectro de nuestra historia, donde todo lo asociado a las culturas indígenas se vio desvalorizado ampliamente.

Vemos una revalorización de dichas prácticas, de lo que podríamos denominar artes antiguas-modernas, que se profundiza desde los sectores más familiarizados con estos modos de arte, más alejado de antiguos prejuicios y concepciones cargadas de negatividad. Y también como nuevos modos de expresar lo que se siente, la identidad, la pertenencia y, por qué no la ideología y filosofía si tomamos disciplinas prestadas.

Los tatuajes, que durante mucho tiempo fueron socialmente mal vistos por la franja de edad de los mayores por considerarse expresiones juveniles y modernas, en realidad son artes antiguas-modernas históricamente condenadas por la mirada colonial y racista.

Pero dichas expresiones no son individuales, ni decisiones personales, son procesos dentro de los conjuntos culturales, acuerdos, contratos que son consensuados. Pero claramente no de una manera romántica de la convivencia social, sino que son debatidos, discutidos, descalificados, transformados y hasta negados por un fragmento de los mismos; todo proceso que podríamos llamar comunitario, colectivo o social implica una lucha y un desacuerdo interno.

5 Se utiliza usando como eje de sentido a que no tienen como base el cristianismo, de hecho su espiritualidad antecede a la misma creación del cristianismo. Y de algún modo el prefijo “a” demarca una contraposición a los preceptos católicos.

Pero volviendo a lo que nos excusó a la escritura de estas páginas podemos ver que hay elementos que han quedado fuertemente impregnados más allá de las diferencias, el claro significado de la acción de la pintura en los rostros de las mujeres, el carácter central del momento determinado en que se realiza, el color, que por otro lado es de representación sagrada, el sentido de pertenencia, y el compromiso a una nación indígena determinada. Estos elementos son los que se sostienen hasta hoy y se propagan dentro de sus integrantes, es una acción, otros pueden llamar un ritual, que caracteriza una pertenencia que implica un pasado común, y un presente compartido.

Mucho tiempo puede seguir debatiéndose sobre la veracidad, o la “correcta forma” si así prefieren llamarle de la realización de la pintura, pero el dato más real es que este se sigue replicando y lo que implica para su pueblo. En el debate y descalificación, en la diversidad de las interpretaciones, y en la pretensión de verdad se olvida a los actores principales y sus sentimientos particulares, desubjetivando a los seres participantes, los directos involucrados.

Podemos ver más arriba que las fuentes calificadas, académicamente legitimadas tampoco pudieron acordar, desde su perspectiva colonial, cómo y dónde se disponían los tatuajes faciales, con el paso del tiempo las reinterpretaciones se fueron exponiendo como presunciones, más que certezas se volvieron explicaciones imprecisas.

Es con años de hostigamiento y genocidio que nos intentaron obligar a olvidar, y nos hicieron disolver con el tiempo y el paso de las generaciones los tatuajes de nuestros rostros. Pero en el silencio de nuestros espíritus jamás pudieron interferir con sus imposiciones, pues somos un pueblo en resistencia.

Todos los intentos inútiles por satanizarnos y criminalizarnos pueden haber calado hondo en las sociedades católicamente dogma-

tizadas, pero donde hay un poco de sangre de nuestros pueblos, existe un ápice de duda, de no aceptación ciega de los dogmas.

No podremos volver el tiempo, no podremos preguntar a quienes no están, pero aún menos podemos negar las prácticas que se siguen reafirmando en la temporalidad que habitamos. Si estamos de acuerdo o no, no es una pregunta que realiza este escrito, solo pretende extender un relato de las mismas, y un aporte a la diversidad con que vemos las realidades compartidas.

Lo cierto es que poco se ha escrito actualmente sobre los tatuajes de las mujeres charrúa y hoy es el momento de retomar esta ceremonia, ya que como dicen las inchalá (hermanas) la relación de nuestro pueblo con el agua es innegable, nos atraviesa profundamente y nos hace brotar hoy de entre las piedras y el barro para inundar un nuevo tiempo.

Es tiempo de decir desde nosotros, como bien expresa nuestra bandera hay momentos, transcurrimos diferentes instancias para nuestra nación, y es el momento de dejar de callar y permitirnos volver. “Los ríos nuestros... parece que por ellos viajan intensamente estas memorias” (Abella, 2008:58).

La relación de la pintura del rostro con el agua es profunda, con los ríos que son características principales de nuestro territorio, y elemento fundamental para todos. La contaminación que avanza destruyendo los cursos de agua y todo lo viviente nos hace reflexionar... ¿Cuándo olvidamos de dónde venimos? De la onkaiujmar (madre tierra) y del agua que nos originan primigeniamente como seres geográficamente insertos en nuestro territorio.

Porque sin agua no se puede vivir, sin petróleo sí. Si tenés un curso de agua cerca no necesitarías del petróleo para ir a buscarla. Nos hemos cavado nuestra propia tumba.

Como charrúa pienso en cómo han debilitado el lazo que nos une a la vida con nuestro territorio, en la imposición de la prohibición de nuestros tatuajes dañaron una conexión primera y esencial de comprendernos como parte del entramado de la onkaiujmar. Poder entender desde una primera infancia la relación con estos elementos nos crea una disposición de vida, un modo de interrelación que nos condensa como protectores en nuestros territorios, pero no de un modo solo ecológico, si no desde una unión umbilical de vida. Pero mientras sigamos plantando venenos, explotando los territorios, vamos a seguir cosechando la muerte.

La unión umbilical se crea desde la primera ceremonia del tatuaje-pintura y en el amamantar a los niños, en los partos en orillas del agua, y en el posterior plantar el cordón umbilical en la tierra de donde pertenecemos, que es el acto de filiación y compromiso más grande que podemos formular.



Figura 2.



Figura 3.

Referencias bibliográficas

- Abella, G. (2008) Mitos, leyendas y tradiciones de la banda Oriental. Betum San ediciones.
- Acosta y Lara, E. (1951) Los charrúas y Artigas. En el apartado de la revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología. Tomo XI.
- Arapeiz, R. (19 y 20 de septiembre de 2019) Líneas azules de los rostros de las mujeres Charrúa en: Zalisniak, B.; Do Nascimento G; Arapeiz, R.; Cáceres, I. Hacia un enfoque intercultural del llamado patrimonio inmaterial y el rescate de las de las cartas de Tacuabé y otros. II Seminario Internacional de Patrimonio Cultural: Comunidades, gestión y protección. Paraná, Entre Ríos.
- Azara, F. (1850) Viaje por la América del sur. Imprenta del Comercio del Plata.
- Azara, F. (1934) Viaje a la América Meridional. (Consultado 20 de abril de 2020). <https://www.pasapues.es/felixazara/viajesporlaamericameridional/decimo.php>
- Bauza, F. (1929) Historia de la dominación española en el Uruguay. Taller gráfico El Demócrata.
- Rivet, P. (1930) Les Derniers Charruas. En Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología. Tomo IV. Imprenta "El siglo ilustrado". En Anexo IX. . Dumoutier "Journal de la Société Phrénologique de Paris".
- Arapeiz, R y Jyaru, F. (2017) Resurgente, concepto desde los márgenes. (Consultado el 27 de junio del 2020) <https://www.facebook.com/photo?fbid=3213565325371899&set=a.1096036330458153>

- Abella, G. (2008) Mitos, leyendas y tradiciones de la banda Oriental. Betum San ediciones.
- Acosta y Lara, E. (1951) Los charrúas y Artigas. En el apartado de la revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología. Tomo XI.
- Arapeiz, R. (19 y 20 de septiembre de 2019) Líneas azules de los rostros de las mujeres Charrúa en: Zalisñak, B.; Do Nascimento G; Arapeiz, R.; Cáceres, I. Hacia un enfoque intercultural del llamado patrimonio inmaterial y el rescate de las de las cartas de Tacuabé y otros. II Seminario Internacional de Patrimonio Cultural: Comunidades, gestión y protección. Paraná, Entre Ríos.
- Azara, F. (1850) Viaje por la América del sur. Imprenta del Comercio del Plata.
- Azara, F. (1934) Viaje a la América Meridional. (Consultado 20 de abril de 2020). <https://www.pasapues.es/felixazara/viajesporlaamericameridional/decimo.php>
- Bauza, F. (1929) Historia de la dominación española en el Uruguay. Taller gráfico El Demócrata.
- Rivet, P. (1930) Les Derniers Charruas. En Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología. Tomo IV. Imprenta "El siglo ilustrado". En Anexo IX. . Dumoutier "Journal de la Société Phrénologique de Paris".
- Arapeiz, R y Jyaru, F. (2017) Resurgente, concepto desde los márgenes. (Consultado el 27 de junio del 2020) <https://www.facebook.com/photo?fbid=3213565325371899&set=a.1096036330458153>

Figuras

1. Ilustración del realizador Francisco Jyaru Garduño García. Titulada: Resurgente. 2017. Se realizó sobre una fotografía titulada: Huellas de agua de Sergio Ignacio Garbarino. 2016.
2. Acuarela mujer charrúa de Entre Ríos con su pintura facial. De la artista plástica Irma Cáceres, 2020.
3. Acuarela de mujeres con el tatuaje charrúa, a los dos lados, el que se realizan en Entre Ríos, y al centro el que utilizan en Uruguay. De la artista plástica Irma Cáceres, 2020.